

Reflexiones previas al fin del mundo

Sería difícil explicar las razones que nos han llevado a escribir un libro sobre un tema tan alegre como la aniquilación de la humanidad. Nuestra formación científica nos hace sospechar que esta pasión por el apocalipsis tiene una raíz biológica, innata; seguramente, que nos inquiete la desaparición de toda la especie humana proviene de nuestro instinto de supervivencia, individual y colectivo. Por ello, la mayoría de las culturas y religiones han plasmado con relatos mitológicos esta preocupación, desde el Ragnarök nórdico hasta el Apocalipsis de San Juan. Todas ellas son historias épicas, con tal violencia descontrolada y juicios exterminadores que harían las delicias de cualquier aficionado al cine de acción e incluso al gore extremo.

Esta inquietud por nuestro final también ha existido entre los científicos. Isaac Newton, por ejemplo, que intentaba hallar los argumentos esenciales del mundo, no pudo resistirse al intento de calcular, a partir de referencias bíblicas, la fecha del fin del mundo.

Resulta obvio deducir que aquellos libros que profetizaban estos apocalípticos finales, orquestados por divinidades, lo que realmente pretendían era infundir temor ante los caprichos de los dioses, para así aceptar el destino con la cabeza gacha y sin rechistar. No es el caso del libro que tienes entre las manos: ni vamos a pronosticar una fecha para irnos todos juntos al hoyo ni es nuestra intención que seas presa de temores infundados. Queremos, simplemente, analizar, desde el punto de vista científico, cuáles son los posibles finales de nuestra civilización, además de explorar algunos escenarios instalados en nuestra cultura

popular, aunque sean posibilidades remotas o directamente imposibles: ¿Qué pasaría si el Sol se «apagara»? ¿Me hago un seguro que cubra el impacto de un asteroide como el de los dinosaurios o doy por hecho que va a ser difícil cobrar la indemnización? ¿Los robots, dirigidos por mi Roomba, se rebelarán y pondrán fin al reinado de los humanos? ¿Qué nos llevará antes al exterminio: un virus letal descontrolado, la esterilidad que nos provoque la contaminación o un ejército de zombies bailando «Thriller»? Algunas de estas situaciones puede que te infundan cierto miedo en el cuerpo, pero, para compensar, hemos añadido otras que podrás descartar para siempre. De nada.

Como ya hemos apuntado, no queremos provocar una oleada de pánico. Por eso, entre estos catorce finales posibles, también queremos mostrarte los avances científicos que aportan alguna solución o posibilidad que, a diferencia de los relatos mitológicos, nos permita cambiar nuestro destino. La ciencia, más allá de analizar y hacer predicciones de estos escenarios catastróficos, intenta encontrar las formas de prevenirlos y, llegado el caso, las posibles soluciones. Siempre hay un resquicio de esperanza y, por costosa o improbable que sea, la ciencia es la herramienta que nos permitirá mantenerla.

Precisamente, esta lucha entre el miedo y la esperanza es el juego que, como habrás observado, siguen utilizando para atraparnos la mayoría de las obras de ciencia ficción que hablan sobre futuros apocalípticos, y de las que hemos obtenido gran parte de las ideas de los posibles escenarios para el fin de la especie humana.

La realidad es que muchas de estas obras, como *Armageddon*, de Michael Bay, o *El núcleo*, de Jon Amiel, se pasan los principios científicos por el arco de triunfo. Incluso podríamos afirmar que pasarse la ciencia por el forro de las gónadas es una práctica habitual en el mundo del cine: es complicado encontrar en el género un largometraje absolutamente riguroso con el contenido científico.

Sin embargo, es precisamente el análisis científico lo que ha permitido desarrollar, predecir o alertar de posibles nuevos escenarios.

Un ejemplo de ello es la película *El día de mañana*, de Roland Emmerich; aunque podemos asegurar, sin miedo a equivocarnos, que no pasará a los anales de la historia del cine, ni por su calidad ni por su rigor, en ella se plantean los efectos del cambio climático y sus consecuencias en las corrientes oceánicas, lo que acababa generando un Nueva York ideal para la versión «on ice» de los espectáculos musicales de Broadway. Pero el interés del film, el poco que tiene, radica en proponer una situación nueva en el cine de catástrofes, que tiene como trasfondo el estudio científico y las evidencias de un cambio climático antropogénico. A pesar de que un cambio tan drástico como el que se plantea en la película no es más que una licencia cinematográfica, la ciencia nos ha planteado un nuevo marco para el desastre global.

Si, a pesar de lo que te hemos explicado, lo que te angustia es leer un libro en el que se describe cómo podemos morir todos a una y de una manera espantosa, déjanos quitarle a esta posibilidad algo de trascendencia. Desaparecer tampoco nos haría demasiado especiales. Toda especie tiene un riesgo de extinción, y no somos ni seremos la única que habrá desaparecido de la faz de la Tierra. La lista de nominados y expulsados de la casa es y ha sido interminable. En primer lugar, hay que tener en cuenta que ya ha habido importantes extinciones, como la que se cepilló a los grandes saurios tras el impacto de un asteroide. Es la más conocida, pero no la más grave. Este honor corresponde a la que sufrió la vida terrestre al final del período Pérmico, hace unos doscientos cincuenta millones de años, en la que fueron hacia la luz el 96% de todas las especies. Su origen no está claro, aunque se especula con algunas de las opciones que proponemos en el libro: un aumento repentino del vulcanismo, una supernova o el impacto de un asteroide.

Además, no creemos que se nos echara mucho en falta. Ahora mismo, los *Homo sapiens*, nosotros, somos el príncipe de las tinieblas para muchas otras especies. Los estudios presentan unas conclusiones

desastrosas: estamos viviendo la sexta gran extinción, llamada también «extinción masiva del Holoceno», que abarca los últimos diez mil años. Y no está ocasionada por los grandes cataclismos que se han producido en la historia de la Tierra, sino que es obra y gracia de la actividad humana. Hay una larga lista de animales de cuya desaparición es responsable, parcial o totalmente, la humanidad: el tigre de Tasmania, el mamut, el caballo tarpán o los moas neozelandeses son algunos ejemplos. Para cortar de raíz este problema, quizá no sea necesario recurrir al autoexterminio, como propone la organización Movimiento por la Extinción Humana Voluntaria, fundada en 1991, pero hay que ser conscientes de que nuestra desaparición sería celebrada en muchos ambientes.

Y si todavía te queda un ápice de este sentimiento (que nuestra extinción, por ser la de un homínido con inteligencia, sería algo especial), recuerda el caso de los neandertales, con los que convivimos (incluso tenemos restos en el ADN) y que desaparecieron hace unos treinta mil años; o los hombres de Flores, algo así como unos hobbits, que se extinguieron hace cincuenta mil años. ¿Cómo sería actualmente tener otra especie de homínido con la que convivir? ¿Te imaginas presenciar tu desaparición frente a este otro tipo de «humano»? Es difícil imaginar la inquietud de entrever, como los neandertales, que tu especie va desapareciendo. Seguramente, fue un proceso gradual y no llegaron a ser conscientes plenamente de ello; pero el hecho de que cada vez hubiera menos neandertales debía de provocar una sensación angustiosa, más que la que tienes cuando en la playa descubres que eres de los pocos humanos sin tatuajes, y te huele a que el mundo te está avisando que ya empieza a no contar contigo.

En fin, si quieres una razón práctica para leer este libro, mejor ten en cuenta una posibilidad mucho más pragmática: en caso de que llegue el fin de la humanidad, probablemente estés avisado; el cambio climático, la propagación de un virus mortal o el avistamiento de un meteorito, seguramente, nos dejarán algún tiempo de margen para

esperar la catástrofe total. Si un tema como «el procés» ya ha colapsado conversaciones de cenas familiares o encuentros con amigos, imagínate el fin de la humanidad. Este es el propósito real del libro: ser un «cuñao» del apocalipsis, tener las claves para reivindicarte como un experto del fin del mundo y poder decir un gran «yo ya lo sabía». Y si, además, te contagias de nuestro humor y lo utilizas en la «última cena» o en la orgía de despedida, hay otra ventaja: puede que el resto de los comensales lleguen a la conclusión de que prefieren morir de inmediato a seguir oyendo tus bromitas y así acepten mejor el final. No se nos ocurre manera más altruista de terminar con todo.

P. D.: Como las catorce amenazas no tienen la misma probabilidad de suceder ni implican un peligro inminente, nos hemos permitido asignar un «nivel de riesgo de aniquilación» con unas bonitas calaveras antes de cada capítulo. No pretende ser una escala precisa ni rigurosa, simplemente es un indicativo de qué escenarios son más preocupantes o implican riesgos en un futuro inmediato. Va desde las cero calaveras, para los casos que, directamente, no son posibles, hasta las cinco calaveras, que vendría a ser: «No es necesario que te preocupes demasiado por hacerte un plan de jubilación».